

---

## La creación por la metáfora: introducción a la razón-poética\*

Chantal Maillard

### *Prefacio*

**E**l trabajo intelectual no es nunca una tarea desinteresada. Puede que responda a la necesidad de “situarse” en un mundo ordenado, comprensible, o a la de plantear una pregunta, lo cual es otra manera de situarse. Este libro ha sido ante todo un movimiento tendiente a crear un espacio. Con él he tratado de abrir en mí un tiempo posible para la comprensión y situarme así en ese universo que nunca nos es dado en realidad. Y he planteado una pregunta, la de la posibilidad de una “razón poética”.

Antes que como heurística, la razón-poética me interesó como expresión de una ambivalencia original hondamente padecida. Razón y poesía no sólo representaban para mí la escisión del individuo entre lo universal (el conocimiento racional) y lo particular (el sentir poético) o entre la asimilación de los patrones culturales y la rebeldía, sino también el padecimiento —y el gozo— de la ambigüedad en la génesis de la escritura y del propio pensamiento. “Quien de este conflicto sufre —afirma Zambrano— no puede retroceder ante él y no puede dejar de manifestar la doble irrenunciable necesidad que siente de poesía y de pensamiento en su sentido más estricto”, siendo así que ambos quehaceres exigen la total entrega de quien así padece. Razón y poesía eran al fin y al cabo la experiencia personal correspondiente al problema filosófico de la sub-

---

\*Hemos tomado del libro *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1990, el prefacio, la introducción y las conclusiones. Agradecemos a la editorial el permiso para su publicación.

jetividad. Y mientras la razón me aconsejaba la búsqueda de una vía por la que transitar adecuadamente por un mundo ordenado, el sentir "poético" pretendía hallar un tiempo y una luz, cierto tiempo y cierta luz. Me dejé guiar por el deseo de encontrar, siguiendo los pasos de Zambrano, una solución a este problema que fue tan suyo como lo ha sido mío. Inicié, sin embargo, el trabajo con el prejuicio de que ningún trabajo intelectual podía aportar soluciones efectivas a un problema de esta índole. En esto me equivocaba, pues si bien es cierto que una respuesta teórica no puede suplir una comprensión vital, también es cierto que la actividad intelectual es, como cualquier otra, manifestación de una energía que nos es propia y conforma nuestro ser. El desarrollo de la problemática a la que me enfrentaba en la escritura se convirtió así en un juego que reflejaba la dialéctica de la propia existencia: era y no era la vida misma traducida en una gran metáfora conceptual. Mi vida, sin dejar de ser vida propia, era pensamiento sobre el pensar de la vida. Mi pensamiento, sin dejar de ser pensamiento, era actualización de la vida en mi vida. Algo, muy en el fondo de mí, se anulaba, se reabsorbía. Lejos de conducir a la idea de la coincidencia del ser con el pensar, la implosión produjo un íntimo acuerdo, la resolución del conflicto en una sensación marginal a toda filosofía, a todo lenguaje incluso, quizás un gesto, tan sólo un gesto: algo parecido a la "media sonrisa oriental".

A mis lectores, desconocidos compañeros de juego, les aconsejo que se salten las tres primeras partes del libro, que los más pacientes empiecen a partir de la parte IV, y los menos pacientes se lean simplemente las conclusiones.

Quiero agradecer a aquellas personas y amigos que han sido de alguna manera partícipes de este juego su ayuda, sus consejos y su paciencia. Mi agradecimiento, pues, a Juan Fernando Ortega, a Pedro Cerezo, a Domingo Blanco, cuyo rigor filosófico marcó gozosamente mi espíritu en los inicios de su andadura, y, por supuesto, a María Zambrano, sin quien el juego nunca se habría iniciado.

Y a Jesús A. ... bueno, sin él las reglas del juego habrían permanecido para mí siempre oscuras y no habría sabido ni perder lo que he ganado ni ganar lo que he perdido.

---

*Introducción*

Sabido es que desde que Husserl sentó las bases de la fenomenología, esta corriente filosófica que invita a la recuperación de "las cosas mismas" se ha ido canalizando en diversas direcciones. Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty, Ortega, para no citar más que nombres fundamentales, llevaron a reconocer al sujeto cognoscente como ser-ahí, ser-en-el-mundo, un ser inmerso en una realidad cambiante y cuyo conocimiento está determinado por su propia realidad corporal. Consideraron al hombre como estando en el mundo preobjetivamente, en participación "instintiva" con su entorno. Sin embargo, dejaban abierto un espacio para la descripción de ese proyecto vital que es cada individuo, para la descripción de ese "ser" con el que el hombre tiene que hacerse, con el que tiene que ir naciendo. María Zambrano quiso descifrar este proceso de continuo nacimiento utilizando para ello un método apropiado, dinámico y creador: la "razón poética". El hombre tiene que *realizar* su ser —*ejecutarlo*, diría Ortega— a su paso por el tiempo, por la historia, y en eso consiste su existencia. Se trata, pues, de una acción, una acción esencial en ambas acepciones: en tanto que ejecución de una esencia y en tanto que acto fundamental. Un acto que requiere, para realizarse, un ámbito y una actitud adecuados, ambos con carácter de mediación. La razón-poética quiere ser el ámbito donde el misterio pueda aparecer como tal misterio, es decir, dar constancia de sí sin llegar a ser enigma, conservando su carácter sagrado. Para lograr esto era preciso actualizar el arquetipo metafísico y gnóstico del ser. La fenomenología no bastaba para salir del racionalismo aún vigente en la razón vital de Ortega. Era preciso hacer resurgir un universo simbólico que había quedado petrificado en los albores de la filosofía cristiana y recuperar la circularidad de la tradición órfica y platónica para lograr lo que Zambrano pretendía: volver a unir razón y vida, ser y existencia, el centro de quietud y la acción cumplidora de un destino; lograr, en resumidas cuentas, la conciencia de la estancia simultánea del hombre en sus tiempos múltiples.

Puede considerarse el pensamiento de Zambrano como una de las últimas vertientes, heterodoxa y asistemática, de la fenomenología. La razón-poética puede entenderse como método fenomenológico por cuanto que se trata de una vía para la comprensión, para el "estado de abierto".

Que la fenomenología sea un método fundamentalmente descriptivo no supone que deba existir un modo único de ver. Describir es

ya, de por sí, ofrecer un universo metafórico. Ver es ante todo interpretar, y mirar es hacer comprensible lo “dado” en la visión al integrarlo en uno o varios universos comprensivos bien trabados. De ahí se sigue que la creación de universos nuevos es posible cuando la mirada prospectiva —la que define y estructura— se da sobre la base de una mirada primera, reflexiva, despojada al máximo de lastre conceptual. Quiero decir con ello que este método de acercamiento a la realidad que es la fenomenología está destinado a trascenderse a sí mismo en cuanto que simple —y no tan simple— descripción. Está destinada la fenomenología a constituirse en el método constructivo que lleve al hombre, mediante la presentación de los múltiples universos posibles, a la recuperación de un origen unívocamente intraducible. Y este destino se cumple, a mi entender, en la obra de María Zambrano, donde se da el paso (uno de los muchos posibles) de una fenomenología a una peculiar filosofía de la acción, de una “descripción constructiva” del ser del hombre; construcción que es a la vez un acto de apertura: el acto de *creación de la persona*. Tal realización tendrá lugar mediante la palabra, cierta palabra. Mas esa palabra original a la que acude Zambrano como a un ámbito sagrado le pertenece en última instancia al silencio: es la posibilidad de que se desnude la palabra de todo significado, y esa posibilidad es la misma que hace a la palabra nómada, portadora y creadora de significados diversos.

Descubrir ese núcleo, germen de toda creación, de todo universo con-sentido es la tarea que nos corresponde al investigar lo que como método pretende ser la razón-poética. Por otro lado, al descubrir el camino de conocimiento que es el de la creación por la palabra ponemos de manifiesto la acción esencial que se realiza a partir de ese germen creador en todo proceso de síntesis de los elementos de un universo metafórico. Doble es, pues, el objetivo de un estudio profundo de la razón-poética: describirla en cuanto método y en cuanto acción esencial. La propuesta que desarrollo en este libro es la de reducir el planteamiento a la investigación de la acción metafórica en su génesis y en su función. Se trata de ver cómo el cumplimiento del ser tiene lugar a través de una progresiva integración en la cual la metáfora juega un papel primordial, tanto para la emergencia de los contenidos como para la configuración de la red estructural que le permite al hombre hacerse y deshacerse en este continuo movimiento que es su acción esencial.

Tomar conciencia, mediante este “ejercicio de visión” que supone la acción reflexiva, de que toda metáfora es, como decía Nietzsche mucho antes que Ortega, un “error óptico necesario”, es también, esencialmente, tocar fondo: penetrar en los lugares donde la palabra es tan callada que no adquiere forma cierta, porque ya no es necesaria. En esto consiste el trabajo de la metáfora: descubrirnos como hacedores de metáforas conduce a la conciencia de la desnudez inicial y fundamental y con ello tal vez a la angustia y al desamparo o, en el mejor de los casos, a la conciencia del juego. Seguir hablando, a partir de ahí, es una opción.

### *Conclusiones*

Al término del presente estudio creo que es conveniente recuperar la pregunta que lo originó y que en principio debía figurar como título del mismo: *¿Es posible una “razón-poética”?* Con la presente investigación he pretendido contestar a esta pregunta, la cual condensaba la duda de muchos y la reserva de otros con respecto a la viabilidad de una forma de conocimiento que en principio parecía aunar o confundir intuiciones “poéticas” y patrones racionales.

A lo largo de la primera etapa, el único logro de la investigación fue el de confirmar la pertinencia de la pregunta acerca de la posibilidad de la razón-poética. Lejos de desanimarme, consideré el hecho bastante satisfactorio teniendo en cuenta el principio de que toda pregunta bien planteada lleva en sí su respuesta. Pero esto no es suficiente. Había que empezar delimitando el campo de acción de esta razón-poética dentro de la obra zambrana.

Observé que se trataba de una forma de conocimiento que atiende a un objeto particular: el ser del hombre, y que pretende, al conocerlo, contribuir a su realización. Era, pues, necesario averiguar en qué consiste ese ser menesteroso de un particular modo de acceso. Me di cuenta entonces de que me hallaba ante la exposición de un sistema abierto de una total coherencia. La ontología de Zambrano va acompañada de un proyecto ético y de una metafísica que, lejos de partir de conceptos apriorísticos carentes de referente, se construye a partir de fenómenos vivenciales, recuperando, para su ordenación, la terminología simbólica de las tradiciones herméticas.

De haber tenido la intención de trazar la trayectoria que siguió Zambrano para desembocar en la instauración de una razón-poética, probablemente hubiese tenido que empezar por el encuentro de la autora con aquellas realidades que, para ser expresadas, debían primero ser “desentrañadas”. Ese encuentro con un ser oscuro, una resistencia, una negativa, el “no puedes”, “no llegas”, “no eres”, como respuesta tensional al deseo, al anhelo de ser más, de ser todo, de SER al fin y al cabo; y el encuentro, también, con un ser de luz que invade a ratos y en otros se diluye o desaparece. La palabra parecía ser el modo más inmediato para aliviar esa sensación de ambigüedad, esta tensión ontológica. Expresar todo aquello era ordenar el caos, dibujar un mapa para poder transitar por aquel universo extraño. Tales contenidos, sutiles y movedizos, no podían ser objeto de un tajante racionalismo; era preciso hallar una forma de conocimiento que aun siendo razón, aun *ordenando*, fuese capaz de hacer emerger y de nombrar esa clase de realidad. Un tipo de razón, pues, que aun participando del saber original fuese capaz de ordenar el mundo —interior y exterior— en la conciencia despierta. Zambrano llamaría “razón-poética” a esta forma de conocimiento que surgiría como respuesta a la más honda y urgente necesidad humana. Razón *poética*, creadora de un espacio comprensivo desde el que la persona pudiera salirse del sueño.

Que la vida es sueño es una de las primeras grandes metáforas con las que construye Zambrano su universo. Los sueños son espacios carentes de horizonte, espacios en los que las figuras no logran destacarse; lo que los caracteriza es la falta de proyección referencial de los personajes que en ellos se activan y la consecuente imposibilidad de ordenar los hechos. Salir del sueño, nacer, significa en principio construir un marco de referencia donde puedan encajarse todos y cada uno de los elementos. Un sistema abierto es aquel que es lo bastante amplio como para poder asimilar cualquier tipo de elemento y la validez del sistema depende más de su capacidad de asimilación y de desarrollo interno que de una improbable adecuación a una supuesta realidad noemática. La articulación del sistema y su capacidad de admisión de elementos nuevos dependen a su vez del tipo de razón que construye dicho sistema. La estructura de pensamiento por la que Zambrano aboga tiene la particularidad de ser “un sistema que se prodiga a sí mismo”, un “sistema

que fluirá como un río”.<sup>1</sup> No se trata de una actividad directora y ordenadora, sino de una actitud abierta, una disposición para ver cómo los elementos van encajándose para formar el universo que están destinados a configurar. Es un tipo de razón paciente y observadora, actitud intermedia entre el ver dejando que las cosas ocupen el lugar que les corresponde y el trazar —imaginar, crear— el horizonte adecuado sobre el que puedan hacerse visibles. Es, así, doblemente mediadora: entre la realidad pre-sentida y su presencia expresa, y entre las formas pasiva y activa del ser humano.

La estructura del pensamiento era propuesta por Zambrano como fluidez interior; en cuanto a su aspecto formal, había que indagar. ¿Tal vez el uso de la metáfora?

A medida que había ido progresando la investigación, la pregunta inicial por la viabilidad de la razón-poética se había convertido en la pregunta por sus condiciones de posibilidad. Si la Filosofía era, antes que discurso, vocación de ser absolutamente con la conciencia de ser, el método filosófico adecuado habría de ser no solamente capaz de descripción, sino también de participación activa en el cumplimiento de esta unidad esencial. Habría de ser capaz de realizar una descripción dinámica de la realización *poiética* del ser humano. El hecho de que la razón-poética, amplia e imaginativa, fuese la más apta para introducirse en las zonas difícilmente expresables de lo humano no nos decía cómo lograría realizar aquella anhelada unidad. Tampoco era suficiente el reconocimiento del carácter intuitivo de lo poético, su lógica múltiple, su atención, su quietud, su aptitud en fin, para penetrar en el mundo onírico; nada de esto era suficiente para decirnos cómo, a partir del sueño, iba a procurar los sucesivos despertares de la conciencia a un ser más auténtico.

La metáfora se planteó entonces como una hipótesis sobre la base de las siguientes consideraciones: la metáfora es el núcleo del lenguaje poético (creativo). El inconsciente se manifiesta en los sueños mediante metáforas y los sueños exigen ser descifrados.

La cuestión no era contentarse con la constatación de la analogía existente entre la simbólica del inconsciente y la poesía, sino tratar de averiguar los factores por los que ésta ocurre. Esto significaba abordar una cuestión más radical; lo que había que hacer era plantearse la

---

<sup>1</sup>Cfr. M. Zambrano, *España, sueño y verdad*, p. 126.

pregunta por las condiciones de posibilidad de la propia imaginación creadora.

Me detuve entonces en dos tipos de correspondencia, dos esquemas que podían trasladarse perfectamente del nivel semántico en el que habían sido propuestos al nivel ontológico. El primer esquema atiende a la expresión de la realidad —en este caso, de la realidad esencial del hombre— que el lenguaje metafórico procura. Las tres características que definen esta forma de expresión son las de perspectiva, unidad y presencialidad. Por la primera (perspectiva), el lenguaje ofrece la posibilidad de extenderse abriendo perspectivas horizontales en la visión siempre parcial que podemos obtener de la realidad. Por la segunda (unidad), se palia en cierta medida la estricta separación entre la experiencia de simultaneidad preobjetiva y la subsiguiente objetivación, a la vez que se expresa mediante la yuxtaposición de elementos analógicos la multiplicidad implicada en la unidad del objeto. En cuanto a la presencialidad, ofrece la experiencia del carácter absolutamente sacro (ignorado y remoto) de la realidad en la unidad de su ser y su aparecer; una experiencia de totalidad apresada en una visión espontánea y directa. Por esta tercera característica, el lenguaje poético puede entenderse como la forma privilegiada de comunicación intersubjetiva de “lo sagrado” y, por tanto, suponérsele una clara función metafísica.

Tales características permitían entender el trabajo de la metáfora con respecto al material sumergido “inconsciente” o “preconsciente”: su *dimensión especular*. El símbolo proporciona pautas de orientación para la atención vigilante de la conciencia; hace emerger fragmentos que la razón deberá ir ensamblando. Es ésta la primera tarea de la metáfora: la presentación de la realidad oculta. Por el carácter perspectivista de la simbólica onírica, el individuo puede adquirir una apreciación más amplia de su persona y de sus posibilidades, restringidas normalmente en la cotidianidad a aquellas, pocas, que conforman al personaje. La unidad sitúa al hombre en su origen, antes de la escisión, antes de la “caída”, la sitúa en la comunidad de sus imágenes propias, antes del juicio que las quiebra. El carácter múltiple se manifiesta en la existencia en las numerosas facetas de la personalidad. Aquél que se sabe partícipe de todas ellas sin que ninguna le pertenezca en exclusiva ni por sí sola le confiera identidad, empieza a entrar en soledad, esa soledad que es propia de aquel que ha sabido superar la fase de asimilación y repro-

ducción de patrones. La conciencia no es la meta, sino la tarea del hombre. Realizarla supone, primero, la adquisición de la conciencia personal; luego, la conciencia de la indigencia de la conciencia con respecto a su propio conocimiento, su visión de sí; y, por último, el acto de rendición de la conciencia. Sólo así parece ser posible que el ser se muestre, desvelado. En el primer momento, el de la adquisición de la conciencia personal, el ser a veces simplemente se re-vela, y para ello es indispensable la simbólica en su función descubridora y encubridora a la vez. La conciencia tendría, entre otras, la aptitud para reconocer las figuras ofrecidas por el trabajo de la metáfora. Los momentos siguientes pertenecen a otro tipo de trabajo en el que las formas metafóricas, de haberlas, son más abstractas.

La presencialidad es tal vez el rasgo más importante de la función metafórica. Se trata en este caso de la aplicación a la persona de la propiedad metafísica del arte. La presencia revelada corresponde al ser del hombre, a su intimidad, a su dimensión ignota: el aflorar de “lo sagrado” y su comunicación. La metáfora cumple su carácter presencial de dos maneras: en los sueños —tanto si se trata de metáforas oníricas (“sueños de la psique”) como de fantasías a nivel artístico o fabulador (“sueños de la persona”, o “sueño creador”, o “sueño de la vigilia”)— y a través de lo que llamamos “metáforas del Claro” (que pueden incluirse en lo que Zambrano llama “sueños reales”). Mediante los primeros tiene lugar una “presencialización” a modo de reflejos parciales de estados de ser entremezclados con todo tipo de circunstancias, sobre todo a modo de “fantasmas de ser” configurados por el deseo —o más bien la carencia— de ser propiamente. Las segundas (metáforas “del Claro”) se forman en momentos de máxima quietud de la voluntad propia y son fruto, casi siempre, de una intensa labor personal. Más que acto de presencia, el Claro es un *estado de presencia* que permite el presenciarse absoluto del ser.

La función reveladora o de emergencia del ser que cumple la metáfora en esta dimensión “especular” no tendría, sin embargo, razón de ser ni afectividad de no realizarse al par que la “dimensión constructiva” de la metáfora. La dinámica tensional del proceso metafórico sirvió de esquema para describir esta segunda dimensión: la anulación de los dos términos de una analogía por el choque producido por la afirmación de su identidad y la producción de un nuevo objeto, de un “lugar” que permite la sincronía de las diferencias. Afirmación, negación y

síntesis son los elementos de este movimiento creativo que se realiza en la cópula metafórica. Los varios procesos de: *identificación* (enajenación) / *ruptura* (saturación y descubrimiento de la ficción con la consiguiente caída en soledad) / *identidad* (acuerdo íntimo) conducirán al individuo al progresivo encuentro consigo mismo o a la realización de lo que Zambrano llama la "persona". El material de trabajo, de acuerdo con la visión zambraniana, serán los "sueños" de la vigilia (el hombre se sueña continuamente, dice Zambrano, en su vida y en sus obras, y su tarea es la de ir despertando: pasar por la conciencia su "ser recibido"). Pero, de igual manera que lo que es real en el sueño del sujeto dormido no son tanto las fantasías como el movimiento íntimo del sujeto bajo el sueño (la tensión que le lleva al descubrimiento de su juego trágico), lo que es real en los sueños de la vigilia es igualmente esa tensión que implica el movimiento metafórico del hombre en sus procesos de identificación. Un sueño es creador en tanto en cuanto provoca esta dinámica comprensiva.

Multiplicidad, perspectiva y presencialidad (primer esquema) constituyen, pues, la base especular sobre la cual, al hilo de este proceso dialéctico (segundo esquema), el individuo se irá despojando de los sueños de sí, realizando progresivamente su ser al desprenderse de sus personajes.

La acción metafórica se manifiesta, por tanto, en un movimiento de integración un tanto paradójico. La acción propiamente creadora (creadora de objetos metafóricos) es un acto de vaciamiento: el despojamiento interior que resulta del descubrimiento progresivo de las ficciones personales. Pero, por otra parte, la acción metafórica es también un acto constructivo que, al realizarse, realiza al ser del hombre puesto que ese ser, en la existencia, se cumple por la acción. La razón-poética es algo más que una metodología, es acción esencial: el acto por el cual el hombre realiza su trascendencia o, lo que es lo mismo, el acto por el cual el hombre realiza su ser.

Es indudable que Zambrano no se plantea en ningún momento la cuestión de si el supuesto radical (el ser del hombre) sobre el que edifica su pensamiento pudiera ser entendido asimismo como una gran metáfora heredada a la que carga de contenidos en parte nuevos y en parte también heredados, expresión y/o conclusión de un conjunto de sensaciones diversas y confusas que en principio habitan conceptos tales como los de tragicidad, angustia, anhelo, luz, etcétera. Pero, por otra

parte, también despoja, a este supuesto radical, de contenidos hasta dejarlo en una “casi nada”. Un principio tan supremamente neutro, tan “vacío”, no puede siquiera acceder al rango de metáfora, por la sencilla razón de que se trata de la respuesta muda a la pregunta primera: ¿qué o quién soy yo? ¿qué o quién es el hombre? Respuesta muda porque no puede darse más que en el silencio final de la autocomprensión, cuando todas las respuestas previas se han depurado, quedando reducidas a una expresión cada vez más simple. Al mismo tiempo, los personajes correspondientes a cada una de estas respuestas —de estas creencias— habrán sido desechados, o simplemente se habrán desvanecido. Pues cada respuesta va acompañada de un personaje y todo personaje tiene que “actuarse”. Y no es lícito tirar la máscara en mitad de la escena, y menos aun antes de la representación, a no ser que de pronto baje el telón: que se deshaga el hechizo al comprender que la respuesta dada no era la respuesta esencial, sino sólo una forma de hablar, de actuar, de soñar. Ciertamente, si alguna tragicidad hay en el hombre, es ésta de no poder dejar de responder y de que toda respuesta es una acción. No puede el hombre dejar de actuar, y en este hacer siempre errante consiste su existir. El ser, su ser de cada cual irá, pues, haciéndose en la medida de su irse desnudando, de su irse quedando vacío, en la medida de su desprendimiento de esos “sí mismo” que en cada respuesta toman forma. Y, si esta última respuesta, este “ser” —para expresarlo de alguna manera— carece de forma y es capaz de adoptarlas y/o de crearlas todas, fuera considerada como la última metáfora, no podría hallársele ningún término análogo u opuesto con el que construir otra metáfora, de la misma manera como tampoco puede hallarse ninguno que se oponga al *sunyata* budista o se pueda identificar con ello. En esta respuesta se anula, por tanto, toda pregunta y el acto mismo de preguntar.

Las dos dimensiones de la metáfora —especular y constructiva— que forman el núcleo del presente estudio nos han llevado al mismo punto: la nada —la nada creadora— como resolución de la dinámica del ser humano. Tanto la simbólica del Claro como la dialéctica de las identificaciones, pertenecientes respectivamente a las dimensiones especular y constructiva, nos conducen a un vacío: en el Claro, la presencia absoluta del ser en el Lugar vacío; en la dialéctica, los despojamientos progresivos en el “lugar de síntesis” abierto en cada proceso metafórico. Y, a medida que ese “objeto estético” obtenido en el proceso metafórico lo-

gra ser algo cada vez más simple, más carente de "características", más se parece a la presencia absoluta en el Claro. Puede decirse que a medida que la persona pierde identidad (deja de identificarse) va ganando presencia: unidad.

Ningún discurso estrictamente racional sería capaz de orientar al hombre en esta tarea. La lógica más perfecta no serviría para realizar el acercamiento progresivo a ese vacío, a ese silencio en el que la palabra ya no es necesaria pero donde la nada se da a modo de posibilidad de todas las metáforas, de todas las palabras: donde la nada es posibilidad de la existencia.

La razón-poética es apertura para la visión, camino hacia la visibilidad, estado de atención y disponibilidad para el conocimiento de un ser que en esa tensión hacia la apertura se realiza. La razón-poética es, por tanto, acción ética y estética por cuanto que es acción creadora esencial a la vez que existencial, acción que solamente puede realizarse plenamente cuando aquello en lo que estamos (el objeto de nuestra acción, cualquiera que sea) ocupa toda nuestra atención, es decir, cuando en ello va nuestro ser. El hombre nace en la medida en que se entrega, en la medida en que muere a sí mismo. El hombre se hace a su ser en la medida en que renuncia a ser sí mismo. Y esto significa también que el ser se hace en la medida en que el hombre se entrega a su acción, cualquiera que esta sea, razón y pasión unidas. Solamente así se cumple la acción metafórica, pues solamente así el impulso creador obtiene la fuerza suficiente para ser eso: pura fuerza creadora, libre de determinaciones, libre para cumplirse en sí misma, libre para ser lo que llamamos azar: fuerza vibrátil, transformadora, mágica.